

hasta que un oficial nazi lo puso al descubierto. Años después recordaría: "no fue un sueño, pues aquel grito desesperado de mi juventud aún permanece en mi interior".

El segundo relato de este libro (*El saxofón bajo*, de Josef Škvorecký), titulado "Emoke", guarda cierta relación con el primero, que da nombre al libro. Un joven intelectual de Praga durante unas vacaciones conoce a una joven viuda, quien se protege de la vida bajo el caparazón de sus prejuicios esotéricos y de una desconfianza terca hacia los hombres producto de su desafortunado matrimonio. El joven, a base de amor y ternura, va lentamente venciendo sus resistencias. Las vacaciones están por terminar y, al parecer, el joven terminará uniéndose su vida a la de la prejuiciosa y hermosa viuda. Algo sucede. Alguien, por envidia, se interpone. Se despiden y para siempre se separan. ¿Qué ocurrió? Ocurrió — ocurre — que siempre han existido "esos seres infrahumanos que han conseguido acomodarse mientras los demás sufrían, siempre se han apresurado a invocar verdades a pesar de ser indiferentes a la Verdad". Ser humano, en este siglo donde las verdades calzan botas u ostentan la autoridad inaccesible del comisario, es ser inconcluso, desencantado. Ser humano, dice Škvorecký, es ser por naturaleza un rebelde expuesto a las miserias de los otros, a su mirada vigilante, "acaso jamás consigamos librarnos de esas miradas, de ese infierno particular de cada uno que constituyen los demás", dice Škvorecký en "El saxofón bajo". La ausencia de esperanza es, de algún modo, una pausa, una espera en la que aguardamos mientras otro anhelo vuelve a asaltar nuestra razón escéptica. Por mientras queda la memoria, la nostalgia de ese momento en el que el saxofón vibró con su aliento, nostalgia de la noche en la que el joven praguense inventó un poema espontáneo a la viuda temerosa. Ante los monstruos, la espera, la indiferencia, bajo la cual late la nostalgia de un tiempo en el que pudieron manifestarse sin trabas la música y el amor. El saxofonista, el amante, ambos frustrados, eran, para decirlo con Tennessee Williams, "delicadas mariposas nocturnas/ muy necesarias/ en este mundo acosado por figuras descomunales". Los sueños de la razón delirante pueden cesar si se suprime la esperanza. Esa es la apuesta de hoy; la moneda está en el aire, y, además, no importa. ♦

Josef Škvorecký. *El saxofón bajo*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, 194 pp.

EL MARQUÉS DE BOLIBAR

UNA NOCHE DE IMPERIOS

Por Carlos Miranda Ayala

Para Norma Garibay

¿Cómo describir el regocijo que produce la lectura de una novela de primera magnitud? El gozo puede rebasar la capacidad de expresión, pero la sensación más clara es la de una fiesta en nuestro espíritu que cada vez que recordamos la obra continúa celebrándose, hasta el fin de la vida o de la memoria. La lectura de *El marqués de Bolibar* es también una fiesta, una fiesta de la aristocrática fantasía, de la de mayor abolengo, acompañada por la más bella elocuencia de la naturaleza humana.

El escenario de la fastuosa recepción es, como muchos de los más memorables festines literarios debidos a la esplendidez de los mismos anfitriones, príncipes de la etiqueta, la guerra. La gala, por supuesto, es militar, gabacha para ser exactos: calzón blanco, botas negras altas, casaca azul con botonadura dorada, cinto tricolor de seda y librea y capa faldellinera negras. Ya he asistido a otros ágapes ubicados en las guerras napoleónicas y creo haber aprendido a conducirme. Me siento lo más cerca que puedo del centro, evitando estorbar el movimiento de la festividad, y espero, tímido que soy, a que el entorno me lleve a *donde está la acción*. He estado en un par de fiestas ofrecidas por nuestros anfitriones en la misma época y no me considero un *newcomer*.

Lo bueno de estas fiestas es que no se necesita ser fulano duque de tal para ser admitido, es más: ni siquiera se requiere invitación: se invita uno solo y ya; a lo mucho, debe uno ser introducido por alguien. La primera a la que fui era *La guerra y la paz*. Me invité sin tener idea de dónde me metía. No supe desenvolverme, me situé en un rincón, aindiado, y no soporté el relato de la primera reunión social petroburguesa; no tuve valor para buscar a los anfitriones y al menos agradecerles y salir con el libro entre las patas.

¡Ah, pero qué tal la segunda a la que fui! A la segunda me invitó uno de los asiduos favoritos, de los imprescindibles, David Huerta. Un día me dijo que de *La car-*

tuja de Parma podría asegurar que es la más hermosa fiesta en la cual habría de poner mis pies. Y así fue en efecto: pocas cosas hay tan deliciosas en la literatura como seguir las aventuras de Fabricio del Dongo, la duquesa Sanseverina y el conde Mosca; y todo por la admiración al Gran Corso, que arrastra a Fabricio a convertirse en un hombre renunciando a una posición social e incluso al amor. La grandiosidad de la fiesta dependió mucho de las palabras que al principio dedicó Stendhal a quienes lo rodeábamos: relató cómo llegó a oídos suyos la historia oralmente y cómo dijo a quien se la relató que "para pasar las largas horas del anochecer" habría de hacer una novela con su historia, a lo cual replicó el primero que tuviera cuidado "de las intrigas de aquella corte, en los tiempos en que la duquesa hacía y deshacía allí a su gusto", pues "esta historia no tiene nada de moral, y ahora que hace usted hace alarde de una pureza evangélica en Francia, puede darle reputación de traidor". Aquel atardecer la imaginación y la poesía lucieron como nunca; he asistido a fiestas mejores, pero a ninguna más bonita.

Me volví renuente a ir a más fiestas de aquellas. Pensaba que no encontraría tanta belleza en otra, que mejor aprovechaba el tiempo yendo a fiestas distintas. Sin embargo, como se echa en falta a un amor cuando se está de viaje, pronto necesité las caricias de la belleza extraña a las campañas napoleónicas. Entonces comencé a buscarla con desesperación en cada fiesta de la que tenía noticia infructuosamente, confundiendo a mi añorada belleza con cualquier otra muchacha parecida a ella, de quien recibí apenas sus simples atisbos, hasta que, desconsolado, cayó en mis manos una reseña en una revista española en la que se daba cuenta de su paradero. Se le había visto en 1920 en una novela escrita por un checo descendiente de españoles. Me puse mi uniforme naftalinoso y me fui a aquel festín decidido a entrar a cualquier precio y constatar si se trataba de ella, si estaba ahí la misma belleza deslumbrante que me presentó Stendhal. Mi primera visión al entrar en el salón fue alentadora: parado cerca de la puerta, Borges, muy parecido a Alec Guinness, al oír mis pasos, o al detectar el calor de mi eufórico aliento, tras darme las buenas noches, me aconsejó que me congratulara de estar llegando a un "perfecto ejemplo de novela fantástica en estado puro". La cosa, así, prometía más de lo que esperaba. El ambiente estaba a media luz, pero se respiraba mucha ani-

mación. Los invitados eran casi los mismos de la otra vez: el Cid Campeador sentado impasible en una silla tripié blandiendo su espada; Fortinbrás, que no quería despojarse de su armadura; Lancelot, quien, ya pasado de copas, lloraba aún la muerte de Guinevere; el Caballero de la Triste Figura reflexionando inútilmente sobre el mandoble con el cual lo derrotó su homólogo de la Media Luna; al igual que el tío Toby, con una comezón que lo obligó a tener una pierna subida en una silla, revisaba incansablemente un montón de mapas para explicarse por qué su estrategia lo llevaría a perder el castillo; Gargantúa, que se había bebido todos los tazones de ponche, y muchos otros personajes que conversaban en la penumbra y no pude distinguir sus rostros.

Al poco apareció un hombre de rasgos hebreos, ya entrado en años, escaso de cabello y con lentes de pasta redondos. Se paró en la mitad de la pista y se presentó como Leo Perutz. Agradeció la presencia de Stendhal y de tantos amigos y dijo que, al igual que la suya, su obra estaba enmarcada en una narración previa, con la diferencia de que en este caso la fuente no era oral, sino bibliográfica. Borges sonrió en ese punto y entendí su aseveración. Como dice Perutz en el prólogo, se trata de las memorias del teniente Von Jochberg, recurso que una vez terminada la novela habrá de volverla aún más insólita, pues, tras de que la fiesta ha comenzado casi sin darnos cuenta, la lectura mantiene su tono extremadamente realista y cuando lo fantástico aparece de sopetón, luego de haberse ido metiendo con enorme sutileza, nos deja inermes ante la maravilla. El baile en esta fiesta, un tanto macabro y muy cabalístico, es sencillamente hermoso. Se ha formado al ir mencionando Perutz a sus personajes, un grupo de oficiales alemanes aliados a las fuerzas napoleónicas en la campaña por el norte de España en 1808. Advierte desde el principio que las memorias de Jochberg constituyen la única explicación a la forma en que dichos oficiales propiciaron la pérdida de todo un regimiento, pero la explicación es una fantasmagoría. Y el fantasma no es otro sino el marqués de Bolibar. La trama es sencilla: las fuerzas intervencionistas toman un pueblo, La Bisbal, que parece recibirlas con beneplácito; mientras se apostan ahí en espera de refuerzos, los guerrilleros españoles, en ventaja numérica pero no estratégica, sitian el pueblo. Hace su entrada entonces el marqués, quien pide a El Tonel, jefe de la resistencia, un plazo para infiltrarse en



el pueblo y debilitar él solo al enemigo. Le es concedido y convienen en que a la tercera señal recibida se lanzarán al ataque. Las señales consisten en una hoguera de heno, el tañir de las campanas de la iglesia y la entrega del puñal del marqués. Así, el marqués, maestro del disfraz, se lanza al pueblo ataviado de pordiosero; pero sucede que un soldado francés escucha el pacto y advierte a los invasores del plan guerrillero, de modo que todo el ejército está al acecho del marqués. Muere éste la noche en que se cuele al pueblo, pero no por ser descubierto sino por estar presente durante una conversación entre los oficiales alemanes, que han bebido demasiado, en la cual revelan haber estado enredados todos con la difunta mujer del coronel en jefe del regimiento. Nada los atemoriza tanto como el que semejante secreto llegue a oídos del coronel y fusilan al marqués sin saber que se trata de él. Sin embargo, las señales serán dadas, y lo harán los propios oficiales. ¿Cómo? A partir de entonces permanecen dictando el ritmo del baile dos figuras: el fantasma del marqués, que estará chocarreando en cada pequeño suceso, y, principalmente, la duquesa Sanseverina de Perutz: la Monjita, la más cotizada y fina putilla del pueblo, en quien pone sus ojos el coronel empeñado en que es idéntica a su difunta, lo cree con tanto fervor que llega a meterle la misma idea en la cabeza a los oficiales, quienes, por supuesto, al poco deliran de amor. Dicho enamoramiento será el motor de la acción. Por ella se darán las señales, ella misma dará la tercera con su muerte. Esto en cuanto a la historia central; los otros dos pilares en los que se apoya la obra, lo cabalístico y lo fantástico, están intrincadamente mezclados, los menciono con brevedad: el aspecto religioso tiene una importancia de primer orden en la obra; más allá de la constante mención de la iconografía mitológica del cristianismo, hay una lucha entre el bien y el mal apegada al Evangelio, especialmente al Apocalipsis de San Juan, de ma-

nera que esta fiesta tiene algo de misa negra al aparecer un personaje de profundo interés: el capitán Salignac, quien sirve al Diablo al servir a Napoleón, pues ve en éste al Anticristo, de quien ha reconocido también sus señales. Perutz extrae de esta veta los elementos para caracterizar a su ser humano y es lo que vuelve a su obra típica del siglo XX. Vemos así a un hombre marcado por un destino fatal que él mismo inventó y que ya no puede eludir; los signos de su mundo son los más nefastos de la Cábala y está condenado a cumplirlos.

El lado fantástico es también maravilloso. Es el toque mágico que hace soberbia a esta fiesta. Siendo memorias, la narración es en primera persona, por lo que el desenlace no puede ser más sorprendente. El lector no se resigna nunca a la prematura desaparición del marqués y la presencia de su espíritu hace concebir la esperanza de que reaparezca gracias al recurso del viejo truco de que no estaba muerto, sino que andaba de parranda. Pero no: cuando ha fallado todo al ejército francés, cuando están copados y sin abastecimientos, cuando los oficiales están a punto de quedar en manos del coronel cuando sepa el secreto y que éste incluye ahora a la Monjita, cuando deciden que ella es la culpable de todo toman la resolución de deshacerse de ella. Jochberg es el encargado de hacerlo, la lleva en un bote hasta las líneas guerrilleras con la idea de entregarla a ellas, pero la Monjita tiene el puñal del marqués y se quita la vida con él. Cuando son capturados, llega El Tonel, reconoce la señal y en la cara del oficial ve la del marqués. Jochberg, el narrador y personaje central, es el marqués de Bolibar y no se da cuenta hasta que reconoce sus sentimientos libertarios, su enorme humildad y su entrañable amor por la tierra.

Mareados, embotados y ebrios de belleza, salimos de la fiesta con la firme certeza de haber sufrido una alucinación. Tal cosa es esta novela. Sabemos que bailamos con la más bella pero que sólo pudimos haberlo hecho ahí. Describiremos sus rasgos con mucha dificultad, pero ahora sabemos que vale la pena seguir buscándola en cada oportunidad, sobre todo si se trata de una fiesta hecha con las guerras napoleónicas y ofrecida por estas anfitrionas espléndidas, la fantasía y la belleza. ♦

Leo Perutz, *El marqués de Bolibar*. Tusquets Editores, (Colección Andanzas, 73), Barcelona, 1988, 246 pp.